

1. El diablo, un ser real

Se cuenta de un ladrón notorio que, cuando intentaba cometer una gran depredación, contrataba hombres para que informaran que había muerto. Esto hacía que la gente bajara la guardia, aliviando sus temores. Pensando que no había peligro, dejaban sus propiedades expuestas. Entonces el ladrón los sorprendía desprevenidos y saqueaba sus bienes sin resistencia. De esta manera, Satanás ha engañado con gran éxito al mundo y ha atraído a la gente a sus trampas. Los ha convencido de negar que exista tal ser; y esta astucia ha resultado tan exitosa que comparativamente pocos creen en la existencia de un *diablo real, vivo y personal*, mientras que millones insisten en que es imposible que exista tal personaje. Y muchos de ellos se encuentran incluso entre los que profesan creer en la Biblia. Cuando no creen en la existencia de este enemigo astuto y malicioso, dejan de vigilar y protegerse contra sus engaños y su poder, y así se convierten fácilmente en su presa. Dijo la piadosa mujer Charlotte Elizabeth:

De todos los errores en los que ha caído el mundo, ninguno es más fatalmente pernicioso que el hábito de pasar por alto la personalidad, la energía, el poder, la vigilancia y la profunda astucia del diablo.

Por un sistema convencional, sin duda sugerido por él mismo, nunca se le debe nombrar sino en el acto de adorar a Dios, o en el de la instrucción espiritual. Cualquier otro ladrón o asesino que se supiera que estaba al acecho para atacar nuestras casas, sería objeto de libre discusión; sus hábitos, sus guaridas, sus planes habituales, sus asaltos exitosos y sus ataques frustrados en casos anteriores, serían comentados, y así se mantendría vivo un temor saludable que nos impulsaría a cerrar con cerrojos y barras, y a vigilar y custodiar con vigor inquebrantable, para evitar una sorpresa. Pero Satanás parece ser una persona privilegiada; en la guardería aprendemos a imaginarlo como una horrible caricatura de la naturaleza humana, con cuernos, pezuñas y cola, inspirando disgusto y miedo infantil, que desaparece a medida que avanzamos en la juventud, dejando una impresión más ridícula que alarmante de ese feo fantasma que, sin embargo, sigue identificado con aquel de quien leemos en la Biblia.

No nos damos cuenta de su existencia, su presencia, sus artimañas; y así a menudo hacemos su trabajo por pura ignorancia o una imperdonable irreflexión al respecto. Parece considerarse una impropiedad manifiesta nombrarlo excepto con la más estudiada circunlocución, como si tuviéramos miedo de tratarlo irreverentemente; y aquel a quien rara vez se nombra no será a menudo recordado. Ciertamente, es de gran ayuda para él en sus innumerables artimañas el ser mantenido tan fuera de la vista. Somos propensos a hablar, a pensar, a actuar, como si solo tuviéramos que luchar contra nuestras propias naturalezas malignas, incluyendo, quizás, una especie de admisión general de que algo está obrando para ayudar a la causa de la rebelión.

Todo esto lo creemos firmemente. Ha sido el plan estudiado de Satanás crear una incredulidad en su existencia, y, donde no pudo hacerlo, distorsionar de tal manera nuestras ideas sobre él que las hizo completamente falsas, manteniendo así su verdadero carácter oculto. Es una característica prominente del Espiritismo negar la existencia de un diablo. Y los Universalistas, así como los Espiritistas, dicen que es inconsistente con el poder y la bondad de Dios que exista un diablo. Miles de personas, por falta de información adecuada sobre este punto, son así atrapadas en esta, su propia gran decepción. Si se puede probar por revelación y razón que no es inconsistente con el poder y la bondad de Dios que tal ser exista, y que en realidad hay un diablo vivo y personal, estos sistemas erróneos serán despojados de su arma más fuerte, y una de las mayores decepciones de la época quedará al descubierto.

Los diversos términos, Satanás, Apolión, Diábolo o diablo, se encuentran frecuentemente en las Escrituras, y se usan de tal manera en la palabra inspirada que los maestros del error a menudo se ven en el mayor aprieto para dar una explicación de ellos. Chadwick, en su "Diccionario del Nuevo Testamento", dice:

Algunos han negado la personalidad del diablo, y hablan de él como un mero mal negativo, o como una disposición maligna solamente. Si las propiedades y acciones personales reales pueden determinar la personalidad de un ser, el diablo debe ser una persona real de vasto poder físico y de una terrible malignidad de temperamento.

Todo el registro de la tentación del Salvador nos lleva inevitablemente a concluir que Satanás estuvo allí, tan literal y personalmente como lo estuvo el Hijo de Dios. Aquel que venció a Adán y Eva en el jardín del Edén, se propuso vencer al segundo Adán mediante tentaciones similares. En el Edén les ofreció la perspectiva de un bien mayor, de un disfrute más elevado, de una posición más exaltada, de lo que su amoroso Creador les había concedido. Ellos tomaron imprudentemente aquello que parecía ser *bueno para comer*, como un medio para obtener otros beneficios, aunque no tenían ninguna necesidad de ello. En el caso del segundo Adán, Satanás tentó su apetito cuando estaba en gran necesidad, y le ofreció también posición, poder y gloria. Del registro de la creación y de la tentación de Cristo, del hecho de que Jesucristo, el Hijo de Dios, realmente se encarnó y habitó en la tierra, murió y resucitó de entre los muertos, y ascendió a lo alto; en una palabra, de la Biblia entera como un libro de verdad y de realidades solemnes, y no de meras fantasías, entonces nos vemos forzados a la conclusión de que el diablo es un ser real, poseedor de poder, astucia, malicia, odio a Dios y a todo lo que es bueno. Se nos advierte contra su poder y sus engaños, se nos exhorta a resistirle, con la seguridad de que huirá de nosotros si le resistimos *firmes en la fe*.